

tar seis meses en esta casa, á no salir nunca solo de mi cuarto.

—Es la resolución más prudente que pudiérais tomar; tenéis necesidad de que alguno os vigile, cuando vuestra razón se va por estos mundos.

—¿Qué quieres decir? — dijo Mr. Pickwick, que levantándose de la cama, extendió la mano como si fuera á hacer un discurso; pero de repente se recostó, y dijo al criado: — buenas noches.

—Buenas noches, señor, — respondió Sam, y salió de la habitación.

Al llegar al corredor, se detuvo, sacudió la cabeza, dió algunos pasos, se detuvo aún, despabiló la luz, sacudió otra vez la cabeza, y finalmente se dirigió con lentitud á su cuarto, sumergido en las más profundas meditaciones.

### CAPITULO XXIII

*En el cual Samuel Weller se ocupa enérgicamente en vengarse de Mr. Trotter.*

Mr. Weller hacía sus preparativos de su vuelta á Londres en la pequeña habitación situada junto á las cuadras de *El Gran caballo blanco*. Ocupábase de la cuestión de víveres: sobre la mesa, delante de él, tenía un cántaro de cerveza, un plato de vaca fría y un pan de respetables dimensiones, objetos á los cuales distribuía alternativamente sus favores con la más rígida imparcialidad: acababa de cortar una gran rebanada de pan, cuando un ruido de pasos le hizo alzar los ojos; la esperanza de su vejez estaba delante de él.

—Buenos días, Sammy, — dijo el padre.

El hijo se acercó al cántaro de cerveza, y por vía de respuesta tomó un gran sorbo del líquido.

—Tú apuras los líquidos con facilidad, Sammy, — dijo Mr. Weller, mirando el interior del cántaro, cuando su primogénito lo puso medio vacío sobre la mesa; —hubieras sido una buena sanguijuela si hubieras nacido en el oficio.

—Lo creo, — contestó Sam, atacando la vaca fría con vigor considerable.

—Estoy muy incómodo, Sammy, — dijo Mr. Weller,

—de ver como te has dejado engañar por ese hombre violeta; yo había creído que las palabras *Weller y en-gañado* rabiaban de verse juntas.

—Excepto en el caso de que hubiera una viuda por medio, — dijo Sam.

—Las viudas, — replicó Weller, — cambian un poco de color, son excepciones en todas las reglas; y ahora, —continuó consultando el reloj, — ahora es tiempo de ir al despacho á tomar mis billetes para el viaje y á hacer cargar el coche; porque los coches, Sammy, son como los cañones; es preciso cargarlos bien antes de que partan.

Sam Weller acogió con una sonrisa filial aquella frase de su padre y profesor; Weller continuó en tono grave y conmovido.

—Voy á dejarte, — dijo, — y no sé cuándo nos volveremos á ver; tu madrastra puede hacer alguna fechoría; pueden ocurrir muchos incidentes antes que recibas noticias del famoso Mr. Weller. El honor de tu familia está en tus manos, y yo espero que cumplirás tu deber: por lo demás, yo sé que puedo fiarme de tí como de mí mismo. Así es que no tengo sino un pequeño consejo que darte: si pasas de los cincuenta años y te ocurre casarte, enciértrate en tu cuarto, si es que lo tienes, y una vez encerrado, envenénate sin dilación.

Mr. Weller miraba á su hijo al pronunciar aquellas patéticas palabras: cuando terminó, dió lentamente una vuelta sobre sus talones, y desapareció.

Sam Weller quedó preocupado con los consejos de su padre. Salió de la posada de *El Gran caballo blanco* y dirigió sus pasos hacia la iglesia de San Clemente; hacía tiempo que paseaba por los alrededores, cuando de repente quedó estupefacto ante una aparición que describiremos inmediatamente.

Mr. Sam Weller estaba ocupado en contemplar las viejas casas de ladrillo rojo, y apesar de su abstracción profunda, lanzaba de tiempo en tiempo miradas intencionadas á las frescas criadas que abrían una ventana ó levantaban una cortina, cuando la puerta verde de un jardín se abrió y salió de ella un hombre, que, cerrando cuidadosamente tras sí, se adelantó hacia donde estaba Sam.

Quando este hombre notó la presencia de Sam, vaciló, se detuvo, y pareció no saber que partido tomar; sin embargo, como la puerta verde estaba cerrada detrás de él, y como no había otra salida, tuvo que decirse necesariamente á pasar por donde estaba Sam; el aceleró el paso, y avanzó mirando á la derecha: lo más particular era la manera horrible con que contraía sus facciones, haciendo las muecas más espantosas que se

han visto jamás; la obra de la Naturaleza no ha sido nunca disfrazada como lo fué en aquel momento.

—A fe mía, — dijo Sam, al ver pasar el gendarme, —yo hubiera jurado que era él.

El hombre avanzaba siempre, y á medida que se acercaba, su cara aparecía más trastornada.

—Juraría que era él, á juzgar por esos cabellos negros y este traje violado; pero indudablemente esta es la primera vez que veo á este hombre.

Durante este soliloquio, la fisonomía del desconocido había tomado un aspecto sobrenatural y perfectamente feroz; sin embargo, pasó muy cerca de Sam, y una mirada escrutadora de éste le permitió descubrir, bajo aquella máscara de contorsiones, algo parecido á la fisonomía de Mr. Job Trotter.

—¡Eh! caballero, — gritó Sam con voz irritada.

El desconocido se detuvo.

—¡Eh! — repitió Sam con voz más feroz aún.

El hombre de la cara horrible miró con la mayor sorpresa al fondo del patio, á la entrada, á las ventanas de cada casa, á todas partes menos á Sam Weller; después dió un paso adelante, pero fué detenido por un nuevo grito de Sam.

—¡Eh, caballero!

Ya no había medio de hacerse el desentendido; y el hombre de las contorsiones, no teniendo más remedio, miró á Sam de frente.

—Ya os conozco, Job Trotter, — dijo Sam: — vamos, vamos, basta de tonterías; no sois muy bello para echaros á perder la fisonomía: ponéos los ojos en su sitio, ó yo os los meteré en la cabeza; ¿oís?

Como Weller parecía dispuesto á hacer lo que decía, Mr. Trotter permitió á su rostro tomar por grados su expresión habitual, y de repente, en una explosión de alegría, dijo:

—¿Qué veo? ¡es Mr. Walker!

—¡Ah! tenéis gusto en encontrarme, — dijo Sam.

—¡Gusto! ¡ah! — exclamó Job Trotter; — ¡si supierais cuánto he deseado volver! pero esto es demasiado para mi sensibilidad, Mr. Walker: no puedo contener mi alegría; en verdad, no puedo.

Y al decir estas palabras, Mr. Trotter derramó un diluvio de lágrimas, y echando los brazos al cuello de Sam, le abrazó estrechamente con gran efusión.

—¡Abajo las patas! — exclamó Sam, muy indignado de aquella conducta, y esforzándose vanamente en sustraerse á los brazos de su entusiasta conocido; — ¡abajo las patas os digo! ¿por qué lloráis así, bomba de incendios?

—¡Estoy tan contento por veros! — replicó Job Trot-

ter soltando á Sam; — ¡ah! Mr. Walker, esto es demasiado.

—¿Demasiado? ya lo veo; ¿qué tenéis que decirme?

Mr. Trotter no contestó, porque el pañuelo rojo estaba en actividad.

—¿Qué tenéis que decirme, antes que os rompa la cabeza? — repitió Sam en actitud amenazadora.

—¿Cómo? — dijo Job, en tono de virtud sorprendida.

—¿Qué tenéis que decirme?

—Pero Mr. Walker...

—No me llaméis Walker; yo me llamo Weller, bien lo sabéis: ¿qué tenéis que decirme?

—Dios os bendiga, Mr. Walker, digo Mr. Weller; tengo que deciros muchas cosas si queréis acompañarme á un sitio donde podamos hablar; ¡si supierais cuánto os he buscado, Mr. Weller!

—Con mucho empeño, sí, — contestó Sam secamente.

—Sí, sí señor, es cierto, — afirmó Mr. Trotter sin que se viese mover un musculo de su fisonomía; — dadme la mano, Mr. Weller.

Sam consideró algunos segundos á su interlocutor, y después, como impelido por un repentino movimiento, le tendió la mano.

—¿Cómo está vuestro querido amo? — preguntó Job á Sam caminando junto á él; — ¡oh! es un noble caballero; creo que no se constiparía en aquella espantosa noche.

Una expresión momentánea de malicia brilló en los ojos de Job mientras pronunciaba estas palabras. Sam lo notó y sintió una extraña comezón en el puño cerrado; pero se contuvo y respondió simplemente que su amo estaba bueno.

—¡Oh, cuánto me alegro! ¿está aquí?

—¿Y el vuestro, está aquí?

—¡Ay! sí, aquí está; y lo que más me entristece es que ahora es peor que nunca.

—¡Ah, ah!

¡Oh! cosa horrible, cosa que horripila.

—¿Y ahora anda también por los colegios de señoritas?

—¡No, no! en colegios no, — replicó Job con la misma mirada maliciosa que hemos notado ya.

—¿En la casa de la puerta verde? — preguntó Sam mirando atentamente á su compañero.

—No, no, no, — respondió Job con una vivacidad que no le era habitual.

—¿Pues qué hacíais vos allí? ¿entrastéis por casualidad?

—Os diré, Mr. Weller; no tengo inconveniente en

revelaros mis secretitos, puesto que hemos simpatizado tanto desde la primera vez que nos vimos; ¿os acordáis de aquella mañana que pasamos juntos?

—Sí, — replicó Sam, — me acuerdo bien, ¿y qué?

—Pues bien, — dijo Job con gran precisión y en el tono poco elevado de un hombre que pronuncia un secreto importante; — en aquella casa de la puerta verde, Mr. Weller, hay muchos criados.

—Lo creo, — interrumpió Sam.

—Sí; hay una cocinera que ha ahorrado alguna cosa y quiere abrir una pequeña tienda de comestibles.

—¿Sí?

—Sí, Mr. Weller; yo la conocí en una capilla á que concurre; una hermosa capilla de este pueblo, donde se cantan los himnos que yo llevo siempre conmigo y que vos habéis visto en mis manos; allí la he conocido, y después se ha establecido cierta intimidad, y casi me atrevo á decir que estoy á punto de ser tendero.

—¡Ah! y seréis un excelente tendero, — dijo Sam examinando de lado á Mr. Trotter con profundo disgusto.

—La gran ventaja de esto, Mr. Weller, — continuó Job, cuyos ojos se llenaban de lágrimas, — la gran ventaja de esto es que podré dejar el deshonesto servicio de ese hombre malvado y consagrarme á una vida tranquila y virtuosa, á vida más conforme con mi educación.

—Vos debéis estar lindamente educado.

—¡Oh! con gran cuidado, con un celo increíble, Mr. Weller.

Y recordando la pureza de su infancia, mister Trotter sacó del bolsillo el pañuelo rojo y lloró copiosamente.

—¡Qué feliz debe ser el que vaya á la escuela con un niño tan piadoso como vos!

—Ya lo creo, — replicó Job lanzando un profundo suspiro; — yo era el modelo de la escuela.

—No me admira; ¡qué consuelo debía tener en vos vuestra bendita madre!

Al oír estas palabras, Job introdujo la punta del pañuelo en el lagrimal de cada uno de sus ojos, y se deshizo en lágrimas.

—¿Pero qué es eso? — exclamó Sam lleno de indignación; — ¿por qué lloráis, bribón? ¿es por la conciencia de vuestras pilladas?

—No puedo moderar mi sensibilidad, — continuó Job después de una corta pausa, — cuando pienso que mi amo sospechó la conversación que tuve con el vuestro, que me metió en una silla de posta después de haber preparado convenientemente á la señorita aquella y ganado á la directora del colegio. ¡Ah! Mr. Weller, esto me hace estremecer.

—¿Con que todo eso ha pasado?

—Sin duda, — replicó Job.

Hablando así, los dos amigos llegaron junto al hotel;

—Si no tenéis inconveniente, quisiera veros en *El Gran caballo blanco* esta noche á las ocho.

—No faltaré.

—Y haréis bien, porque si no, yo iría á pedir noticias vuestras á la puerta verde, y esto podría perjudicaros.

—Vendré sin falta, — repitió Job; y se marchó después de haber dado á Sam un caluroso apretón de manos.

—Andate con cuidado, Job Trotter, — dijo Sam mirándole partir, — porque esta vez no me la pegarás.

Después de este monólogo, Sam entró y subió á la habitación de su amo.

—Todo va bien, señor, — le dijo.

—¿Qué es lo que va bien?

—Los he encontrado.

—¿A quién?

—A vuestro amigo y al lloricón de los cabellos negros.

—¡Imposible! — exclamó Mr. Pickwick con la más grande energía; — ¿dónde están, dónde están?

—¡Chitón! — replicó el fiel criado; y ayudando á vestirse á su amo, le explicó el plan de campaña que había ideado.

—¿Pero cuándo se hará eso?

—Cuanto antes, señor, pronto; en un buen momento.

El lector sabrá en el siguiente capítulo si aquello se hizo en un buen momento.

## CAPITULO XXIV

*Donde se verá que Mr. Peter Magnus se pone celoso, y la dama de cierta edad temerosa, por lo cual caen los pickwickianos en las garras de la justicia.*

Quando Mr. Pickwick bajó á la estancia donde había cenado la noche anterior con Mr. Peter Magnus, le encontró paseándose en un estado nervioso de agitación,